

Mariano Brull: un Renovador del Verso

Por José Rodríguez Méndez

CON intervalo de muy pocos días, la muerte se ha llevado a su territorio a dos máximas figuras animadoras de nuestra cultura: Berta Arocena y Mariano Brull. Por extraña coincidencia ambos tenían de común un mismo signo de magisterio, el de pertenecer a esa clase de mortales avanzados más allá de su medio, oteadores. Ambos pelearon una brava batalla para ponernos al día en el campo de la cultura. Buenos catadores de lo que valía por fuera, estuvieron bien capacitados para la tarea.

En los días anteriores se ha escrito mucho sobre Berta Arocena, cuya muerte acaeció con anticipación a la de Brull. Ahora yo quiero referirme especialmente al poeta que "nos trajo los ángeles de París". ¿Cómo podemos comprobar su magisterio?

Basta abrir el libro "Cincuenta Años de Poesía Cubana", la indispensable antología de Cintio Vitier. ¿Qué lugar ocupa Brull en la nómina seleccionada? Precisamente el que hemos dicho: el de una señal dada con anticipación. Anunciador de lo que vendría luego, naturalmente a su magisterio le crecería un amplio prestigio al irse comprobando su certeza.

En su primer libro, "La Casa del Silencio" (1916) ya mostraba Mariano Brull señales inequívocas de elegido para el papel que le tocaría jugar. No es por pura casualidad que Enrique González Martínez, el hombre que había frenado los excesos verbales del Modernismo con su imperioso mandato de torcerle el cuello al cisne, prologase este primer libro del

poeta cubano. Se iniciaba el imperio del tono menor, capitaneado en España por Juan Ramón Jiménez y en América por el citado bardo mexicano, Mariano Brull, que más tarde continuaría su transformación hasta darnos desde las páginas de la "Revista de Avance" y en su libro "Poemas en Menguante", las primeras muestras de la "nueva sensibilidad", ya se había inscripto desde "La Casa del Silencio" en la línea de esa poesía que no se puede gritar.

En "Poemas en Menguante" (1928) es que cuaja totalmente el primer intento consciente de renovación del poeta. Aparece allí Brull— como lo continuaría siendo hasta su muerte —como el traductor de las más ocultas esencias. Las palabras se agrupan en aquellos versos

más por su temblor y hasta por su resplandor que por el estricto significado. Empezaba con este libro entre nosotros, esa poesía de máximas posibilidades expresivas, rica, a veces, hasta por lo que calla.

Años más tardes, "Canto Redondo" —libro miliar en nuestra poesía, según Gastán Baquero— no haría sino confirmar el magisterio del poeta. Todo el libro es una búsqueda denodada de la poesía, más allá de la anécdota y, por ende, de lo sentimental. Y exhibe como máximo logro ese equilibrio entre la técnica y la inspiración que le ha señalado el propio Baquero.

Todo estaba preparado en Brull para producir otra de sus vertientes luminosas: la de ser el más fiel traductor, en el sentido poético, de Valery. Esa tendencia del po-

1000165

2

ta a buscar el ritmo interno con que fluyen las ideas, en lo que no cuenta el otro ritmo tan encarecido en las preceptivas, habría de lle-

maridaje entre la técnica embridadora y la emoción que pugna por estallar, sin que nada estorbe para comunicar el mensaje recóndito.



No pretendemos descubrir nuevas facetas en el gran escritor que acaba de morir. Tampoco queremos terminar sin dejar constancia de su cualidad de animador de cultura, ejercida desde sus distintos cargos diplomáticos, con el doble valor de ser un fiel informador de lo nuestro a quien se le escuchaba con atención por su cualidad egregia de saber señalar. Por eso nos duele no haber escrito a su tiempo nuestra protesta, cuando el poeta fué desposeído de su cargo diplomático, quizá si una de las más torpes usurpaciones que hemos sufrido en esta etapa de asfixiante mediocridad.

varlo derechamente al entrañable misterio del poeta francés. También en "Cementerio Marino" y "La Joven Parca" se percibe ese

Mr. June 17/56